

venia sin firma alguna, acostumbrando cuando responden firmar el cacique, alcaldes, principales y escribano, y por los que no saben firmar pone éste sus nombres.

Entristeció grandemente á los religiosos ver la mala resolucion de los indios, pero sin darlo á entender, con amor y buenas palabras rogaron al capitanejo y á los demas que los llevasen por tierra, como ellos habian venido, que no era razon despedirlos de aquel modo. Persuadieron algo al capitanejo, pero no tanto que se atreviese á llevarlos, si bien les dijo: Padres, estaos aquí que yo iré, y para el juéves que viene (esto pasaba en lúnes) os traeré canoas y vendrán indios á servirlos, y aunque instaron no los dejó pasar con él. Despidióse con esto y quedaron aquella noche con solo el alcalde D. Francisco Chablé y su indio Lázaro, porque los otros dos habian subido al nuevo pueblo de Hubelná. Decia misa el padre comisario todos los dias en el rancho de Zaczuc, encomendando á Dios alumbrase aquellos indios para que se redujesen á su santa fé, y lo mismo hacia el religioso lego Fr. Juan de Estrada en lo que era orar continuamente por ellos. Tocaban á misa y á las demas horas y al Ave Maria con la campana que hallaron, con que tenian gran consuelo, esperando la venida de los de Tepú. Pasóse el juéves señalado, toda aquella semana y otra entera sin venir, con que recelaban no hiciesen alguna traicion viniendo de noche á matarlos. Viendo los religiosos tanta tardanza, escribieron al cacique del pueblo de Hubelná, rogándole viniese con algunos de sus indios á llevarlos á él, porque el rancho en que estaban era sola una ramada que no los favorecia de las aguas que yá empezaban, y se mojaban con los aguaceros. Ocasionábales esto no solo la incomodidad, pero aun el riesgo de la salud. Llevaron la carta el alcalde de Bacalar y Lázaro Pech por principios de julio, y vinieron yá muy noche con la respuesta, que decia vendrian á la maña-

na por ellos. Cumplió la promesa el cacique de Hubelná, y viniendo por ellos, los llevó el otro dia á su pueblo, donde llegaron bien mojados, porque ya continuaban las aguas. No salieron á recibirlos los indios, cosa tan acostumbrada entre ellos, con que vieron los religiosos manifiesta señal de su mala voluntad y obstinacion en cuanto á reducirse á la obediencia de Dios y del rey. Aposentólos el cacique en su casa aunque con descomodidad, porque como estaban en los montes no era mas que lo forzoso para poder vivir y lugar para dos barbacoas que sirven de cama, y sin ningun aliño manifiesto á todos y á todo riesgo, aunque mediante el auxilio divino ninguno temian que les pudiese suceder, porque se habian ofrecido á Dios nuestro Señor para que dispusiese de sus personas, segun el beneplácito de su santa voluntad.

#### CAPITULO CATORCE.

*Los religiosos son llevados á Hubelná, quiérenlos matar, y por fin los echan con grandes afrentas.*

Luego que llegaron los religiosos al pueblo de Hubelná, dió cuenta de ello el cacique á los indios de Tepú, cuya venida fué bien diferente del fin para que se pretendia. Vinieron repentinamente muchos indios embijados y armados á su usanza, pero quedáronse retirados en lo mas apartado del pueblo todo aquel dia, haciendo un baile y borrachera en que idolatraban, y asimismo la habia en otra casa junto á donde estaban los religiosos aposentados, lo uno y otra con gran ruido y algazara. Dióles gana á dos indios de los de



Salamanca y á Lázaro Pech en ir á ver qué hacian en aquella casa, y así que llegaron los cogieron y embijaron como ellos estaban, y por fuerza querian que hiciesen lo que ellos. Al que mas maltrataron y desnudaron fué á Lázaro como á criado que sabian era de los padres, y le quitaron un buen machete que tenia, que si no quizá con el enojo matara á alguno de ellos. Viendo los religiosos que tardaban en volver, recelando no les sucediese algun mal, fué el padre Fr. Juan de Estrada á la casa, y hallólos, como se ha dicho, embijados. Quitóselos, que no fué poco consentillo los indios dejárselos llevar estando yá de aquella suerte; mas fué Dios servido que los trajo á la casa donde los hospedaron, quizá para mostrar su divino poder en la fortaleza que comunicó al Lázaro Pech para menospreciar la muerte por su santo amor, como se vió presto. Dijéronle al padre Estrada que uno de aquellos apóstatas era sacerdote idólatrico de los otros, que les decia misa, y que con aquella su comida de tortillas y bebida de pozole la decia, y que los demas indios idólatras le dijeron: esta sí que es misa, que no la que dice tu compañero. Disimuló el P. Fr. Juan con ellos, por ver si se les pasaba aquel ímpetu, y para dar lugar á la ira presente se volvió á su hospicio con el P. comisario. Palabras faltan para ponderar estos ultrajes hechos al santo sacrificio de la misa, y la ceguera de aquellos apóstatas idólatras, y así dejó el sentimiento de ellos á la piedad de los corazones católicos, que pidan á la Divina Majestad que pues son almas por quien derramó su preciosa sangre, use de su misericordia con ellos. ¿Cuántos habrán muerto desde aquel tiempo hasta este año de cincuenta y seis en que esto traslado, que acabando en su apostasía, estarán pagando con penas eternas su atrevimiento y desatinos?

Procurando los religiosos ver si por bien podian hacer que cesase aquella abominacion idólatrica que es-

taban ejecutando, enviaron á llamar al cacique del pueblo y le dijeron que hablase á sus indios, y que juntos todos viniesen con él á su casa para leerles las cartas que traian del gobernador y obispo, y oír lo que les decian, y conforme á eso determinar lo que les pareciese, y tambien resolverian los religiosos lo que habian de hacer. Fué con esto el cacique y juntó los mas indios de Hubelná, y habiendo venido con él á su casa, estando todos sentados, sacó el P. comisario las cartas que iban escritas en su lengua y se las leyó. Dice el P. comisario que eran muy santas y buenas, saliéndoles á todo lo que les estaba bien; mas ellos como se les iba aconsejando la reduccion á la obediencia de la iglesia y á la del gobernador, se comenzaron á alborotar, y poco á poco se salieron, hasta que dejaron al cacique solo con los religiosos, sin que ninguno de los que salieron hablase palabra.

Quedaron los padres con gran pena, porque en el rancho de Zaczue dieron á entender que les parecian bien los partidos que se les hacian, y así habian concebido alguna esperanza de su reduccion; pero ahora juntos con los de Tepú, todos se alteraron y fuéron de parecer contrario. Para que se vea que se les hacian todos los partidos que ellos podian pedir y desear, diré en suma lo que les prometia el gobernador en nombre del rey. Perdonábales todo lo malo que habian hecho. Desobligados de las deudas que debian á los españoles, y los tributos que debian á sus encomenderos, y mas se les reservaba de los venideros por cuatro ó cinco años, y que ellos viesen lo demas que les estaba bien, que el marques se lo concederia. Obligábase el P. Fr. Juan de Estrada á ir con ellos á la ciudad de Mérida para que se confirmase en nombre del rey, y que el P. comisario quedaria como en rehenes, hasta que volviesen con la confirmacion. Todo esto no bastó para que se quietasen, y á prima noche vinieron



los indios, que eran del pueblo de Hubelná, y sacaron de casa del cacique todo cuanto tenia en ella, porque cuando llegasen á ella los de Tepú no lo robasen entre la bulla y confusion que habria. Quedaron solos los religiosos con su indio Lázaro Pech, cuidadosos de la resulta de aquella diligencia, y aumentado el recelo porque los tres indios de Salamanca, que habian quedado con ellos, no parecieron, y pasaron toda aquella noche encomendándose á Dios.

A la mañana siguiente se determinaron los indios rebeldes á venir á la casa donde los religiosos estaban, trayendo muchos muchachos por delante tocando unos caracoles grandes que suenan mucho, y usan de ellos en sus guerras. Luego seguía el capitán principal de ellos, y tras él los otros con sus jinetas. Después los demás indios de guerra con sus arcos y flechas, todos embijados que parecían unos demonios pintados, con que á ninguno podían conocer, aunque á todos sin aquel disfraz los conocían. Aunque se oía el estruendo de los caracoles y gritos que todos daban, no los habian visto los religiosos. El primero que los descubrió fué el indio Lázaro que salió al ruido, y entró turbado diciendo: Padres, acá vienen los indios. Llegaron ellos luego, y unos cercaron la casa y otros entraron dentro y los saludaron con estas palabras, mirando al P. comisario Fr. Bartolomé de Fuensalida: *Te, te, tihulech cech mam.* Dios te guarde. Ya has llegado, abuelo. Iban á sentarse algunos, y el capitán principal los riñó ásperamente diciéndoles que se levantasen, y con alguna seña, aunque no la vieron los religiosos, ó lo era ésta para que lo ejecutasen, en aquel punto los cogieron y derribaron en tierra, atándoles las manos atrás con unas sogas, y lo mismo hicieron con el indio Lázaro Pech. Así amarrados los decían muchos oprobios, y amenazaban con machetes que algunos tenían: que los habian de matar. Decían: venga el gobernador, venga el rey, ven-

gan los españoles, que aquí estamos para pelear con ellos. Andad vosotros y decídselo. Cosa vergonzosa es que cuatro indios (cuatro se pueden llamar en comparación de todos los de acá que conservan la fidelidad) llegasen á tan descomedido atrevimiento, y á nombrar á nuestro poderoso rey y señor con menosprecio, y cosa es también lastimosa que no se haya tratado de castigarlo. Estaba junto al padre comisario un indio (que después supo se llamaba Kuxeb,) con un machete grande en la mano y le decía: "¿no te lo decía yo: qué querías aquí cuando iba á veros en la huerta? ¿No os di de comer, porque no os volvísteis á Bacalar?" Otros daban voces que le matasen, porque él y el padre Orbita habian quebrantado el ídolo Tzimin-Chac en los itzaes (como se dijo en el libro nono) con que decían les habia muerto á su Dios, por donde se entiende estaban mezclados indios itzaes con ellos. Puestos en este trance, viendo el padre Fr. Juan de Estrada más amenazado á su comisario, con mucho espíritu le animaba diciendo: ánimo, padre nuestro, por amor de Dios; y él le respondía: Sí, padre Fr. Juan, buen ánimo, recibamos la muerte por su santo amor. El compañero decía á los indios: Matadme á mí. No mateis á nuestro padre viejo, que es sacerdote de Dios que administra sus Santos Sacramentos, y es necesario para esto. Matadme á mí que no hago falta, ni soy de provecho para cosa alguna, y no á él. A esto le dijo el capitán principal: No tengas tú miedo, que á tí no hemos de matar, á tu compañero sí que mató á nuestro Dios.

Participante en esta tribulación y amenazas era el indio Lázaro Pech, que habia ido con los religiosos, sobre el cual también cargaron muchos indios, diciendo que le habian de matar porque habia venido en su compañía. En este trance se manifestó el poder divino, con cuya ayuda la flaqueza humana tiene valor para los mayores peligros. En este, pues, el indio Lázaro



con gran esfuerzo y espíritu dijo á los apóstatas: ¡Por qué nos habeis de matar que no los hacemos mal, ni venimos á esto? Nuestra venida es para que seais buenos cristianos, y os volvais á Dios para que con eso os perdone. A esto vinieron nuestros padres; pero vosotros sois como Judas, que quereis matar al Cristo de Dios, á nuestro padre sacerdote.” Prosiguió predicándoles con un espíritu de un santo, tanto que dice el padre comisario en su relacion: “Cierto que era de maravillar lo que Lázaro les decia, que aun no lo sé yo decir, porque entónces no somos nosotros los que hablamos sino el Espíritu Santo en nosotros.” Miétras esto pasaba, yá habian comenzado á cargar con los ornamentos y poca ropa de los religiosos, rompiendo las cajas en que estaban, y de ello rasgaban con ultraje en su presencia. Hicieron pedazos las imágenes que hallaron con gran menosprecio, y lo que mas sintieron fué ver quebrantar una de un santo Crucifijo, diciendo mil blasfemias al hacerle pedazos, que por tan inicuas no es bien singularizarlas. A este tiempo el indio llamado Kuxeb (arriba referido) llegando al P. comisario le dijo: *¡Bictun, uthan á kwul cech mam?* ¿Qué te dice tu Dios abuelo? Y así los dejaron solamente con los hábitos que tenían vestidos. Habian llevado los ornamentos y ropa que tenían, presumiendo que como los indios de Zahuabchen cuando se alzaron y mataron unos españoles, entró el P. Fr. Juan Gutierrez á los montes, y con ofrecerles el seguro de perdon general de parte del gobernador que gobernaba (como se dirá presto) con tal que se diesen de paz, se vinieron con él á su pueblo, que así hicieran ahora los maceguals; pero no sucedió así, que ni volvieron á la obediencia del rey ni de la iglesia, sino que se quedaron en su apostasía, viviendo segun su apetito. ¿Qué sabemos si tantas calamidades como Dios ha enviado sobre esta tierra estos años pasados,

ha sido porque no ha habido quien haya solicitado algun castigo contra las blasfemias cometidas en menosprecio de su Majestad Divina? Por quien ha gobernado ha corrido la obligacion: á Dios dará cuenta, porque tratándolo yo á algunos me han dado excusas bien frívolas: no corre por la mia mas que significarlo.

Despues de gran rato que tuvieron, como se ha dicho, á los religiosos, yá persuadidos con los ruegos del padre Estrada á quien tenían voluntad, con la predicacion del padre comisario que no la habia intermitido, y la del indio Lázaro que no cesaba en ella, los desataron y levantaron de tierra. Nunca (dice el padre comisario) presumió que así los dejaran, sino que atados á un árbol los flecharian ó que los llevarian á Tepú para quitarles allá las vidas como mas fuese su gusto, segun era la ferocidad con que estaban. Pero la Providencia Divina que con suavidad guia las cosas á los fines, que aunque no los alcanzamos sin duda son los mas convenientes, detuvo la barbaridad de aquellos rebeldes apóstatas, y la sangre inocente de aquellos religiosos y indio no quiso fuese en aquella ocasion derramada, aunque voluntariamente se la ofrecian. La causa solo la Majestad Divina la sabe.

#### CAPITULO QUINCE.

*Trabajos y peligros de los religiosos y indios, hasta volver á la villa de Salamanca.*

Habiendo desatado á los religiosos y al indio Lázaro Pech, los echaron del pueblo de Hubelná con tantas voces y silbos como cuando sacan un toro á una plaza,



diciéndoles baldones y afrentas, haciéndoles muecas, poniendo los dedos en la boca, y con todos modos de confusión y afrenta, en tanto grado que dice la relación que no es posible sino que quien los viese dijera: ¡Es posible, que unos bárbaros sepan hacer esto! Y el padre comisario dice que no lo creyera ni aun entendiera de unos macegales, sino lo hubiera visto y pasado por él. Que con menos inhumanidad los trataron al santo padre Fr. Juan de Orbita y á él los gentiles itzaes cuando los echaron de su tierra, habiéndoles quebrantado el ídolo. Al tiempo que los echaban, parecieron los tres indios de Bacalar ó Salamanca, que desde la noche ántes tenían por huidos, y había sido causa de no parecer haberlos cogido los rebeldes, y atados los amenazaron con la muerte porque habían llevado á su tierra á los religiosos. Juntos yá los bajaron con indios flecheros por tierra á la huerta de cacao en Zahzuc, de donde los llevaron á Hubelná, y otros desde allí por el riachuelo de Yaxteel Hau al paraje de la embarcación en que habían venido. En el camino un indio que debía de ser menos malo que los otros, les dió el cáliz, ara, misal y crismas, con que tuvieron gran consuelo, ciertos que no lo profanarían con sus abominables idolatrías.

Allí se embarcaron sin bastimento alguno porque la poca provisión que habían dejado, la habían alzado los rebeldes, que al parecer intentaron muriesen en el camino con la hambre. El río iba crecido con las lluvias, la canoa era pequeña para seis personas que iban, con que llevaban gran riesgo de perecer todos, pero nuestro Señor los favoreció. Luego que del río de Tepú salieron á tierra, los indios de Salamanca temiendo á los rebeldes, hicieron caminar á los religiosos con tanta prisa por aquel monte, que lo que andaban en dos días á la ida, les hacían ahora lo caminaren en uno. Decían que era la causa saber que todo estaba rodeado de in-

dios alzados para avisar á los de Hubelná, y éstos á los de Tepú para si iban españoles enviados por el gobernador. Dijeron también que los alzados habían enviado á amenazar al D. Pedro Noh y sus indios que habían de ir á hacerles el pecñí, que es abollarlos las narices y despues matarlos, porque dieron sus canoas para que los padres fuesen á Zahzuc, y porque no se habían hallado con ellos á ayudarlos cuando maltrataron á los religiosos y el saco que hicieron de su ropa.

Con estos sobresaltos, cansancio y falta de comida, llegaron víspera de S. Buenaventura por tierra á Boxetac, y el día siguiente pasaron al río Cancanilla y al Pinal, á cuya entrada habían dejado la falca en que salieron de Salamanca. Como iban tan fatigados de hambre y cansancio, enviaron por delante á Lázaro y á Andrés Pech, para que les tuviesen cocidos unos pocos de frijoles y maíz, de que habían dejado algo en la falca. Cuando entendieron tener este leve sustento para poder llegar á Salamanca, se hallaron con la falta que ántes, y mas peligro del que imaginaban. Habían los indios rebeldes quemado la falca, y arrojado la provisión que en ella había, llevándose la sal que es de lo que mas carecen. Allí entendieron perecer miserablemente, pues no tenían con que sustentarse, ni embarcación en que pasar adelante, siendo forzoso hacer el viaje por la laguna grande de Laimaná. Cuando volvieron los indios y dijeron lo que había, viéndose aislados y destituidos de todo remedio humano, se encomendaron á Dios que manifestó su misericordia con ellos.

Quando al padre comisario se lo dijeron, iba yá tan fatigado y sin aliento, que apenas podía moverse, y si se sentaba para descansar no podía levantarse, sino ayudado de otros dos. Fué Dios servido que habiéndose encomendado á su Divina Majestad, se halló con tanto aliento y fuerzas como si no hubiera pasado trabajo alguno, y dice que con tanta ligereza, que si fuera



necesario romper los montes para salir á algun pueblo, le parece que aunque era mucha la distancia pudiera hacerlo, y así al siguiente dia llegaron á Colmotz, puerto de la laguna donde dejaron su falca. Hallaron seña de que los frijoles y maiz lo habian echado al agua, y buceando los indios sacaron algo de ello, con que repararon la hambre que llevaban. Faltábales embarcacion, pero la Divina Majestad que como padre de misericordia y Dios de toda consolacion, socorre á sus siervos en los trances mas apretados, lo hizo en este, pues destituidos de todo humano auxilio, andando los indios por el monte cercano á la playa, hallaron dos canoillas, aunque mal paradas y rotas, que habian dejado allí los rebeldes cuando se alzaron. Los de Salamanca las aderezaron con pedazos de otras viejas que hallaron por allí, y con resíduos de una casa vieja que antiguamente hubo en aquel pinal (por haber un horno donde sacaban brea): con algunos clavos que hallaron las clavaron calafeteándolas con trapos viejos de sus vestidos, y les dieron carena con una tierra que hay en aquella playa á modo de greda, que sirvió de brea. Mientras los indios trabajaron en esto, coció Fr. Juan de Estrada unos pocos de frijoles y maiz que comieron despues todos.

Pasado el medio dia salieron de Colmotz, y eran tan pequeñas las canoas, que en la mejor no cupieron mas que el Francisco Chablé en la popa por piloto, gobernándolo el padre comisario asentado tras él, asegurándose con las manos en ámbos bordos, su compañero achicando el agua que hacia, y Lázaro por delante bogando con un mal remo; y los otros indios entraron en la otra. Tiene esta laguna grande de Laimaná otra al norte de ella, en que hay mucha pesca y tortugas, y así acordaron ir á ella á coger alguna, y tambien por aquellos despoblados á buscar si habia algunos plátanos que les sirviesen de pan, porque cosa ninguna lle-

vaban que comer. Dieron seña á los indios del paraje donde los habian de aguardar, y así se apartaron ellos á buscar los plátanos, y los religiosos con el Chablé prosiguieron su viaje derecho. Habiendo llegado junto al pueblo de Laimaná, le pidieron que amarrase la canoa y saldrian un poco á tierra á esperar á los compañeros, porque iban muy fatigados de la hambre, abrasados con el calor del sol, y comidos de mosquitos, que es la mayor plaga de aquel viaje. El D. Francisco Chablé respondió que no le parecia bien, y les dijo: Padres, no conoceis á los indios como yo. Pasemos adelante, y naveguemos, no sea que hayan ido á buscar á los de Laimaná, que tienen allá parientes, y vengan esta noche y nos maten. Aunque contradecian los religiosos, hubieron de hacer lo que el D. Francisco decia porque era de condicion áspera, y temieron no hiciese alguna temeridad con el recelo que llevaba. Por esto hubieron de pasar á dormir mas de cuatro léguas adelante de donde habian dicho esperarían á los que iban á pescar.

Llegando éstos despues al despoblado de Laimaná y no hallando allí á los religiosos, estuvieron dos dias aguardándolos presumiendo no habrian llegado; pero viendo que no parecian prosiguieron su viaje bogando á toda fuerza, por si podian darles alcance habiendo pasado adelante, pero por mucha que hicieron, tardaron cuatro dias en alcanzarlos. Tenia yá tanta tardanza con recelo á los religiosos no se hubiesen quedado con los alzados de Laimaná, hasta que un dia habiendo salido á tierra á hacer fuego con los palillos de que le sacan los indios, vieron venir para ellos una canoa. Temieron al principio, no pudiendo saber con certidumbre si eran sus indios ó otros de los alzados, hasta que acercándose conocieron ser la de sus pescadores. Llegados se saludaron y abrazaron con mucho contento por el recelo con que unos y



otros estaban. Trajeron algunas tortugas y racimos de plátanos por madurar. Con una tortuga y un racimo de plátanos maduros, que Dios deparó á los religiosos llegando á Holpatin á la orilla del rio, comieron todos aquel dia, y se consolaron dando gracias á Dios que los habia proveido en necesidad tan apretada.

Salieron del paraje donde se habian reparado de la hambre que llevaban, al cual sitio llaman Bolon Kak, que es lo mismo que nueve fuegos, y fueron navegando todo aquel dia, y gran parte de la noche. Al siguiente salieron á la mar por el rio que los indios llaman de los Zuluinices, que es lo mismo que rio de los españoles, y en la boca de él tomaron puerto. Desde allí no se atrevieron á pasar la travesía en las canoillas por ser tan pequeñas, y así enviaron á Lázaro con otro indio llamado Andres Chí á Bacalar, para que dijese cómo estaban en aquel paraje, y les envasen embarcacion segura para pasar sin tanto peligro y algun refresco de comida de que carecian. Aunque habian determinado esto, pareciendo á la tarde que aquel tiempo estaba sereno y la mar sosegada, (¿quién fia de su inconstancia?) se resolvieron pasar adelante á otro rancho. Salieron como á las cinco de la tarde, y luego se levantó un vienteillo de la parte que en Castilla llamamos Gallego, y arreciando empezó á llover, y la mar á alterarse, de suerte que si con toda presteza no alcanzaran á barar en tierra, sin duda peligraran. Amarraron la canoa fuertemente, porque la fuerza del agua no la llevase, y en la playa hicieron un ranchillo que les sirvió de albergue aquella noche y el dia siguiente, que dice pasaron con algun descanso, por no haber mosquitos ni tábanos, que la fuerza del viento los habia alejado, lo cual no les habia sucedido en otros parajes.

Comenzando á salir de allí abrigados con la tierra por no verse en el peligro que la vez pasada, descu-

brieron á vista larga de la otra parte del mar y travesía, hácia la de la boca del rio grande, á una embarcacion que yá habia desembocado, y venia hácia un puerto que llaman el rancho del Obispo. Sucedió lo que entendieron, y era que venia por ellos, y así se animaron los indios á bogar con fuerza, aunque el tiempo no era muy bueno, y los de la embarcacion, habiendo descubierto la canoa, bogaron tambien para ella, con que les excusaron algun trabajo. Era una gran piragua que los religiosos compañeros despacharon de Salamanca luego que llegó Lázaro con la nueva de dónde dejaba á su comisario. Venian en ella dos españoles y seis indios, con buen refresco de comida y chocolate, para que pudiesen llegar con aquel refrigerio. Junta la piragua con la canoilla, se embarcaron en ella con alegría de unos y otros, y pasaron la travesía. Subieron por el rio á la laguna, y ántes de llegar descubrieron dos embarcaciones en que iban los padres Becerril y Tejero á recibir á su comisario. Iban con ellos unos españoles que llevaban algunos arcabuces, y les hicieron una buena salva cuando se juntaron, y no sin lágrimas de gozo de verlos venir vivos se saludaron unos á otros, y así navegando llegaron á la villa de Salamanca.

#### CAPITULO DIEZ Y SEIS.

*Dase noticia de lo sucedido al gobernador, y lo que sucedió á los padres Becerril y Tejero con otros indios.*

Como yá sabian los vecinos de la villa de Salamanca que el P. comisario Fr. Bartolomé de Fuen-salia y su compañero Fr. Juan de Estrada venian por